

# POR LOS CONFINES DE EUSKALERRIA

*Luis Alejos*

*Otsogorrigaña (izq.), Barazea (dcha.), Ori (al fondo).*

Los cimientos de este artículo son: la travesía Ori-Arlas y una ascensión a Iru Errege Maia (Mesa de los Tres Reyes). Vamos a recorrer, trotando por la Cordillera Pirenaica, el cordal que delimita los territorios de Zuberoa y Nafarroa y constituye la divisoria de aguas Cantábrico-Mediterráneo. Asimismo, alcanzaremos el techo de Euskalerrria, atravesando el laberinto de Larra.

En el relato se intercalan ascensiones a cumbres del entorno que evocan salidas domingueras, referencias a

---

*Primer premio del Concurso de Artículos Pyrenaica-83, concedido «por describir dentro de una zona interesante, una amplia variedad de posibilidades, apoyándose en una completa documentación».*

---

bosques que no nos harán sentir nostalgia de Altube, Urbaña o Aralar, descripciones de gargantas inimaginables desde la Foz de Lumbier o Arbaiun, nacimientos de ríos sin posible comparación, así como referencias a acontecimientos acaecidos en la zona y ex-

periencias personales.

El objetivo esencial de la narración es mostrar, de forma inevitablemente fugaz, las múltiples posibilidades que esta región geográfica ofrece tanto a los montañeros como a cualquier persona capaz de emocionarse en contacto con la naturaleza. Nos moveremos sobre todo por tierras de Iparralde, dando preferencia a las zonas menos conocidas por quienes habitamos en Egoalde. Son, por fortuna, espacios naturales donde existe mayor equilibrio ecológico.

## A LOMOS DE LA CORDILLERA

Estamos remontando el Puerto de Larrau; al llegar a la aduana nos percatamos de la proximidad de la frontera. Es la línea imaginaria y caprichosa que osa romper la armonía de lo natural; obstáculo artificial, ajeno a la voluntad de las gentes que pueblan ambas vertientes y de los montañeros que recorreremos las cumbres de la cordillera.

Por rutinaria que resulte, la ceremonia de identificación es siempre un acto intimidatorio. Anotan nuestros datos personales, luego nos atribuyen la condición de sospechosos. He oído hablar de un paso fronterizo donde los trámites aduaneros se limitan a recomendar las instrucciones anotadas en una cartulina: «Fermes le portail s'il vous plait» - «Cerrar la puerta por favor». Sólo se me ocurre una objeción; debería poner tam-

bién: «Itxi atea mesedez».

Dormimos en la cabaña que está junto a la carretera, un kilómetro más arriba de la aduana. La noche, tibia y estrellada, presagia un día caluroso, de modo que emprendemos la marcha antes del amanecer. Subimos al Ori por la cresta SO, entre dos luces, alcanzando la cumbre (2.017) cuando ya asomaba el sol sobre el mar de nubes atrin-

cherado en los valles. El circo de montañas que se extiende del Okabe (ONO) a Eskaleramendi (N) destaca con perfecta nitidez.

*El Okabe (1.466) es un monte salpicado de verdor; como el Ori, forma atalaya sobre la inmensa masa forestal de Irati que bien merece la denominación de selva. El Okabe es conocido ante todo por encontrarse en sus faldas la necrópolis prehistórica de los Cromlechs de Hilarrita. Aunque se encuentra al N. de la muga, esta excursión botánico-arqueológica se puede realizar partiendo del Embalse de Irabea, bien sea por la Cresta de Urkulu o desde las Granjas de Artzilon-do.*

*No lejos del Okabe, más al E., en la base de Errozate (1.345), nace un importante río: la Nive. Aparte de ser un paraje por demás pintoresco, cabe destacar la variedad de sus especies arbóreas. Es un auténtico jardín botánico donde coexisten robles, castaños, hayas, fresnos, abedules, avellanos, alisos, bojés... Cuando lo visitamos surcaban su espacio aéreo una cincuentena de buitres.*

*Las Crestas de Mendibeltza, entre el Pico Mendibel (1.411) y el Eskalera (1.472), permiten realizar interesantes travesías sin superar grandes desniveles, pues por todos sus collados cruzan carreteras. Su cota más elevada, Atarranolatze (1.530) domina la sensacional cara N. del Ori. En la vertiente S. de la Sierra, en pleno Bosque de Irati, hay*

*un complejo turístico-deportivo con itinerarios para practicar el esquí de fondo.*

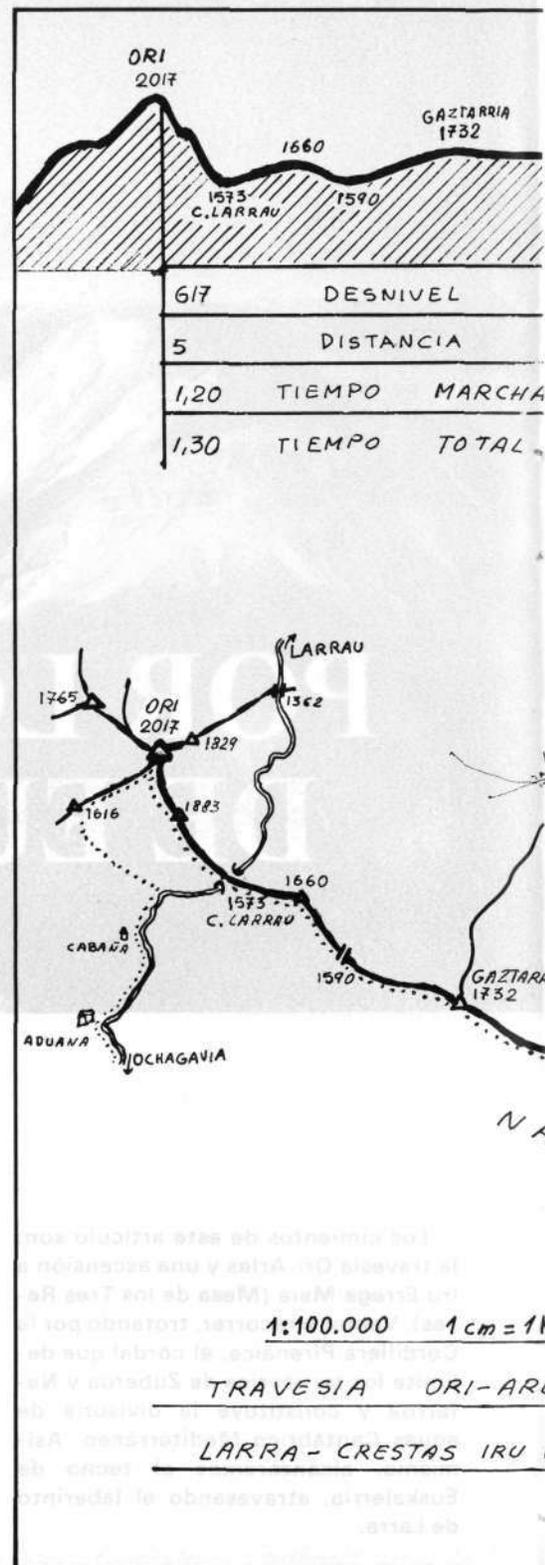
*Al N. de las Crestas de Mendibeltza aparece una extensa mancha verde, por encima de la cual emergen, como islas, las cumbres del Macizo de Arbailleta. Puede ser alcanzado, a pie o en coche, por la pista que enlaza la ruta del Col de Organbiske (1.284) con la de los baños terminales de Ahuzki (1.000), bordeando la ladera E. del Pico Eskalera o Escaliers.*

*El Bosque de Arbailles está rodeado de montes calcáreos que superan los 1.000 m; lhaita (1.286) es el más elevado. En él se encuentran las hayas más gigantescas del Pirineo Vasco, siendo el lugar más pintoresco de este vergel el nacimiento de La Bidouze. Nosotros nos aproximamos por la ruta de Mendibe. El itinerario discurre por una carretera estrecha y empinada que asciende al Col de Landere (1.072), situado junto al Pico Behorlegi (1.265), airosa pirámide visible desde el valle de Donibane Garaizi (St. Jean Pied de Port), que es obligado visitar.*

*La carretera va cruzando las praderas de la alta meseta, hasta que junto a la fuente de Otsolatze aparecen al ESE. las cumbres nevadas del macizo de Larra. Es el lugar indicado para emprender la excursión al Bosque de Arbailles. Tomando la excelente pista que baja a la Granja Iztaurdi se penetra enseguida en el bosque. Lástima que las irreverentes excavadoras hayan profanado este*

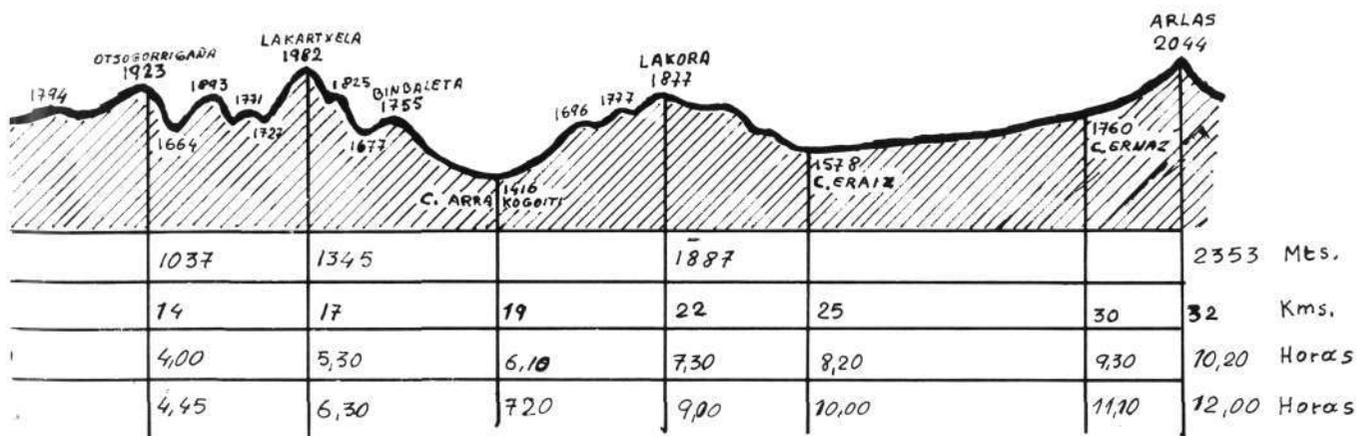


Bosque de Arbailles.



*santuario ecológico, destruyendo la senda que preservaba su calma y belleza. Conforme se avanza son más soberbias las hayas y más frondoso el ramaje. Parece que tras sus troncos nos observan personajes de fábula.*

*En el fondo de la hondonada (750) hay un llano (polje). Vuelve el bosque y, de improviso, se corre el telón de ramas, entrando en escena un abrupto precipicio con un angosto valle a sus pies. Es un fenómeno tan poco común, que parece irreal. Una senda que se retuerce por la ladera, casi vertical, va*



REFUGIO (1460)	3,30	LINZA (2305)	0,20'
C. ANAYE (2086)	1,30	UKERDI (2248)	0,45'
TABLE (2421)	0,15	PORTILLO LARRA (1810)	1,00
MESA (2434)	0,30'	C. LAPAZARRA (1670)	1,00
BUDOGIA (2390)	0,15'	REFUGIO (1460)	
LINZA (2305)			



salvando mediante escaleras de hierro los tramos rocosos, hasta una gruta de alta bóveda donde rompe aguas La Bidouze, que desemboca en el Adour cerca de Baiona.

Siguiendo con la mirada la larga línea de cumbres que desde el Ori serpentea hacia el E., aparecen en el horizonte, ribeteado de nieve, las montañas de la Alta Zuberoa y Nafarroa, en los límites con Bearn y Aragón. Es una meta penosa de alcanzar, incluso con la vista. Son parajes bravíos donde historia y leyenda se confunden: guerras, contrabando, pastoreo, emigración clan-

destina...

Intentando ganarle la carrera al sol bajamos del Ori al trote por la cresta SE. y al cruzar el Puerto de Larrau (1.573) vimos a los aduaneros abriendo la barrera que pretende separar tierras y pueblos. Seguimos adelante por el tapiz verde, superando suaves lomas y leves depresiones. Pronto aparece el Collado de Betzula (1.590) y a partir de él nos elevamos a una cumbre modesta: Gaztaria (1.732). El terreno sigue estando mullido, pero falta la brisa y el calor nos chorrea por todos los costados.

Por un largo plano inclinado superamos a continuación el Otsogorritxia (1.794) avistando el valle de Mintxate. Estamos, pues, a la altura de Uztarroz e Izaba. Remontamos después el Otsogorrigaña. Es una cota significativa (1.923), que dista tres horas del Ori. En lo más profundo de su ladera N. se encuentran las Gargantas de Holzarte.

En Holzarte se resquebraja la tierra, formando una falla descomunal. La vegetación se precipita por el insondable tajo. Desde el borde de la grieta se oye el gemido de las



Lakartxela.

Cascada de Kakueta.

*aguas aprisionadas en la sima sin fondo. Es, pues, un paraje donde el vértigo hace gala de sus alucinantes poderes.*

*Al comenzar la excursión nada permite imaginar tan dantesca visión. El camino discurre sumiso por la ribera del río, bordeado de hayas y castaños. Tras un paseo, grato y relajante, la senda emprende un ascenso que no parece tener fin, elevándose sobre el nivel de las aguas toda la profundidad de la garganta. Se van acercando abruptos farallones y acantilados de corte vertical.*

*La aparición repentina del precipicio produce escalofríos. Su aspecto indómito, su salvaje belleza, intimidan. La garganta se quiebra en dos (adopta forma de Y) bifurcándose hacia las barrancadas que se adentran en la espesura del bosque. Un puente aéreo se balancea sobre el abismo. Al mirar abajo para contemplar el tenebroso torrente, rodeado de especies vegetales que no conocen el sol, es inevitable sentir la seductora llamada del vacío.*

De la cima del Otsogorrigaña bajamos corriendo, perseguidos por los tábanos, al collado de Utururdineta (1.664). La cresta continúa airosa por Txardekagaña-Baratzea (1.893), pero la borrachera de sol nos había dejado sin resuello y en vez de seguirla íntegramente atajamos por los prados hacia el Puerto de Belai (1.727). Ahora tendríamos que vérnoslas con la empinada rampa de Lakartxela, resistiendo la tentación de bordearlo por el N. En su cumbre nos asomamos, por fin, al valle de Belagoa y a diversos recuerdos asociados a él durante años.

*Lakartxela (1.982) forma un respetable cresterío que visto del E. semeja las fauces de un cocodrilo. Cinco de sus colmillos superan los 1.900 m. Con nieve es la cumbre*

*más alpina del Pirineo Vasco. Hace algunos años constituía una meta ritual en vísperas de Aberri Eguna. Muchos montañeros aprovechábamos el puente festivo para visitar las cumbres nevadas de Belagoa, facilitando al regreso la entrada en Iruña o Gasteiz.*

*Una vez nos dirigimos a Lakartxela en cuadrilla, recorriendo el Valle con nieve hasta las rodillas. La subida al Collado Lapatia resultaba penosa, varios desistieron; al final quedamos dos. Más arriba aullaba el viento y había hielo, pero no nos intimidamos. Era, pensábamos, una prueba para aprender a soportar el peso de nuestros ideales. Superamos La Keleta y en la cota inmediata nos sentimos contrariados al comprobar que aún no estábamos en la cumbre. Proseguimos con ahínco, por la cresta cada vez más aguda y erguida, hasta el pico siguiente. Allí nos embargó la decepción: otras dos cimas y una gélida arista continuaban separándonos de la cumbre principal. No tenía sentido seguir cabalgando a pelo (sin cuerda ni crampones), de modo que abandonamos.*

*Descendiendo por el bosque nevado el cielo se tornó plumizo y cerca ya del Valle se levantó la ventisca. Nos guarecimos en la Ermita de Arrako. La curiosidad nos condujo a un armario carcomido y polvoriento en cuyo interior encontramos una ikurriña. Aquel hallazgo, delator de akelarres patrióticos, tuvo para nosotros un carácter más sagrado que cualquier objeto de culto.*

*Mientras esperábamos la calma llegamos a la conclusión de que es injusto arriesgar la vida satisfaciendo impulsos personales. Al poco tiempo, en vísperas del 1.º de Mayo, mi compañero dejaba para siempre la montaña en un acto de entrega absoluta, tan heroico como temerario. Este invierno, tan trágico en Belagoa, he recordado aquella conversación.*

De Lakartxela o Kartxila caímos al collado Binbaleta (1.677), aprovechando el impulso para encaramarnos en su cima (1.755) y volver a descender de nuevo para descolgarnos al collado de Arrakogoit (1.416). Viendo pastar al ganado que acababa de llegar de la trashumancia pensé en la copla: «Ya viene la primavera/ya resuenan los cimballes/ya vuelven los pastorcillos/con sus pañuelos al aire». Meseş después nos volveríamos a cruzar con aquellos nobles animales, junto al polígono de tiro de las Bárdamos Reales, con ocasión de las jornadas europeas por la paz y el desarme.

Al llegar al collado sentimos el tufillo de Juan Pito y el frescor de Kakueta. Calmamos el hambre comiendo un bocado y disfrutamos el calor imaginando que estábamos en la garganta situada en el fondo del barranco.

*Conocí Kakueta al atardecer de un día de primavera muy curioso, después de recorrer la cresta pelada y sin brisa de la Sierra de Iguntxe. Por eso, la imagen que conservo de Kakueta, festival natural de luz y sonido, aparece asociada a un oasis de sosiego y frescor.*

*Las altas y prietas murallas del desfiladero dificultan la entrada directa del sol. La abundante vegetación que de ellas pende, a modo de jardín colgante, filtra y atenúa la intensidad de la luz, adquiriendo los colores tonos suaves, relajantes. Conforme se avanza hacia el interior, el cielo va perdiendo fulgor; en los pasos angostos la claridad se diluye en penumbra.*

*Mientras se suceden tales efectos luminosos, las aguas componen su inefable sinfonía. Suaves acordes de corriente mansa se unen a los trinos de las aves que anidan en*

*la espesura. El torrente marca alegres compases de danza al fluir bajo las pasarelas que llevan a los visitantes de orilla a orilla. El agua salta entre las peñas junto al estrecho pasadizo tallado en piedra. Al final, la cascada emerge de la roca con poderoso estruendo, expandiendo al caer una lluvia fina que acaricia sin mojar.*

*El río, los arroyos, el torrente, la cascada, confluyen en un formidable alarde de orquestación; su melodía retumba por las paredes del cañón, elevándose a lomos del eco hasta las verdes y altivas cumbres. El rigor del invierno silenciará el concierto, volviendo a sonar impetuoso al brotar la primavera.*

Desde Arrakogoiti, punto más bajo de la travesía, reemprendimos la marcha con bríos suficientes para remontar los 460 metros de desnivel que nos separaban de Lakora. Al principio la cresta es pendiente; en Cortaplana (1.696) se suaviza y podemos caminar contemplando el entorno. Tenemos a tiro de piedra el cuartel de Yeguaceros; hace dos años tuvo lugar una acampada contra la militarización del Valle, inscrita en la campaña iniciada en 1976 frente al proyecto de urbanización con el lema «ZAIN DEZAGUN BELAGOA». Aquella batalla se ganó; ahora la razón ha topado con la fuerza uniformada.

Un nuevo repecho y alcanzamos la cota 1.777, enlazando enseguida con el itinerario del refugio del C.D. Navarra, situado a nuestros pies. La cumbre queda a un paso. Aquel domingo de octubre de 1981 estuvimos en el Lakora (1.877) cerca de un millar de montañeros-ecologistas alérgicos a la polución militarista.

Al bajar no podemos entretenernos observando la Garganta de Uhatzarre, especie de desfiladero por donde discurre la ascen-

sión a Lakora partiendo de Senta, ni el cordal Txamantxoia-Lapakiza que se eleva por encima del Rincón de Belagoa. La cresta E. de Lakora es abrupta; resultaría más cómodo descender por uno de los flancos, pero nos empeñamos en seguirla íntegramente.

En el Collado de Eraiz (1.578) nos reincorporamos al mundo del asfalto, al cabo de diez horas de haber emprendido la marcha. Lamentablemente, la carretera es el camino más corto y cómodo para aproximarse al Arlas. Vamos a buen paso, anhelando salir del espacio artificial. Después del túnel nos paró un coche y no encontramos razones para negarnos a montar. Sinceramente, el montañismo no consiste en ir esquivando automóviles.

En el Collado de Ernaz (1.760) tiene lugar el legendario Tributo de las Tres Vacas, que muestra la existencia de vínculos ancestrales entre las gentes de allende y aquende el Pirineo. En la Muga de San Martín dimos la espalda a la era del infarto y la contaminación, adentrándonos en el reino de la fantasía: Larra.

La senda discurre por terreno combinado, hierba y roquedo, hasta la base del Arlas, donde mana una de las escasas fuentes de la región kárstica. La subida a la cumbre es empinada, pero breve y con sabor a meta. Cuando alcanzamos la cima era la misma hora, las seis, que al comienzo de la travesía. Esta pirámide singular domina en más de 1.400 m. el Valle de Ste. Engrace, al otro lado del cual aparece la Sierra de Iguntxe, límite septentrional de Zuberoa.

*La carretera de Senta pasa junto a una artística iglesia románica; nada más alcanzar el bosque se transforma en pista, poco apta para turismos y, bordeando idílicos lugares de acampada, se eleva al Col de Suscousse*

*(1.200). La ruta Arette-Izaba está muy cerca, pero resulta problemático alcanzarla incluso a vehículos todo terreno. De modo que ir de Ste. Engrace a Belagoa por carretera requiere dar un amplio rodeo por Tardets.*

*Otra pista parte del collado hacia la Sierra de Iguntxe. Vale la pena hacer el recorrido a pie, bajo las frondosas hayas, observando como a cada paso asoma un palmo más el torreón del Anie. En cada pliegue del monte brota un arroyo, en las cunetas abundan las florecillas silvestres y a medio camino hay un viejo carromato habitado como refugio y equipado hasta con vajilla.*

*La pista prosigue a plena cresta, pero el sol cae de plano sobre la loma pelada que tiñe de monotonía el bucólico paisaje. La cumbre del Issarbe resulta inequívoca; el resto son praderas donde pacen al unísono vacas, ovejas y caballos, bajo la custodia de blancos mastines pirenaicos. En el Col de Hourcere (1.445) la pista desciende por la ladera N. El acceso a la Sierra en coche es más factible por esa vertiente.*

*Del collado al Pico Issarbe (1.559) es un paseo siguiendo una cresta donde aparecen diseminados entre la hierba grandes bloques de conglomerado. La cima es aguda por el N., limitando al S. con el bosque de Arbouty que cubre la ladera meridional.*

*El cordal de Iguntxe y en concreto el Pico Issarbe, situado en la vertical de Senta, es el paraje de la Alta Zuberoa que mejor domina las cumbres de la cadena axial del Pirineo situadas entre el Ori y el Anie. La diferencia de altitud entre las montañas situadas a uno y otro extremo es fácil de apreciar: en el E. blanquean todas las cimas, mientras que hacia el O. sólo aparecen algunos neveros que son más persistentes en el Ori.*

El Arlas (2.044) es una cota modesta comparada con el coloso Anie (2.504) que era en realidad nuestro objetivo final. Diversas circunstancias nos indujeron a renunciar, pese a ser un proyecto perfectamente realizable. Nos conformaríamos con verlo desde la Cabaña de los Espeleólogos, lugar donde dormimos, situado en las proximidades del Col de Pescamou (1.921). Durante la noche hubo un gran alarde pirotécnico; de no haber modificado el plan nos habría pillado vivaqueando en las laderas de Auñamendi (Anie). El nuevo día llegó lloviendo y con niebla.

## EL LABERINTO DE LARRA

He atravesado Larra en condiciones disparas: con nieve, viento, lluvia y sol, pero varias veces me he arredrado ante la niebla. A



Lakora

comienzos del otoño estuve en Belagoa con ánimo de hacer la travesía Anie-Mesa. Salí del refugio al despuntar el día y al ver las cumbres cubiertas titubeé, pero esta vez en lugar de dar marcha atrás pensé que era una buena ocasión para combatir mis complejos respecto a la niebla; de modo que acepté el reto de Larra en solitario.

Bajé a la Hoya de Eskilzarra y me dejé llevar por una senda balizada que atraviesa el bosque. No llovía, pero me empapó el rocío de los arbustos y los goterones de las ramas. Con tanta subida y bajada el ascenso resulta inapreciable; las idas y venidas no permiten intuir la dirección. La brújula me permite comprobar que la senda lleva rumbo E-O. Es más, parece seguir el curso de un valle formado por una sucesión de suaves barrancos.

La vegetación tiende a disminuir, predominando las coníferas sobre las hayas; es señal de que voy ganando altura. De improviso la señalización amarilla da un giro y me sitúa en posición de regreso. Al consultar el mapa llego a la conclusión de que me encuentro en Aniabarkahandia. Proseguiré por mi cuenta hacia el E.

Ha desaparecido la hierba; los únicos vestigios de vegetación que quedan son algunos pinos negros torturados por el viento. Se ha levantado una brisa fresca y advierto la proximidad de murallones rocosos; sin duda me encuentro próximo a uno de los collados situados entre Añelarra y la Mesa. Puede ser el de Anaye, los otros tienen accesos más pronunciados. No debo trasponerlo, me expongo a aparecer en Lescun.

*Lescun se encuentra en el baúl de mis recuerdos más gratos. Estando en construcción la carretera de la Pierre St. Martin, un 1 de noviembre, cálido y luminoso, penetramos en Larra y bordeando el Arlas y el Anie emprendimos el descenso al Valle de Aspe, entre el Pic de Soumcouy y de Countende. Cruzamos el bosque teñido de oro y fuego, pasamos junto al refugio Labérouat y caímos en Lescun.*

*Es un sugestivo pueblecillo, diferente y al mismo tiempo similar a tantos otros que se esparcen por ambas vertientes de la cordillera. Apenas tuvimos tiempo de comprobar que en sus calles sigue naciendo la hierba entre el empedrado. Aunque lucía un sol radiante el ocaso estaba próximo y esa misma tarde teníamos que volver a superar más de mil metros de desnivel.*

*Regresamos por un itinerario diferente. Remontando el barranco entre el Countende y Billare pasamos luego bajo la ladera S. del Anie y la N. del Pene Blancue, entrando de nuevo en Larra por el Col de Anaye. Al descender nos extraviamos en la noche, lo*

*cual añadió nuevos encantos a la excursión, pues tuvimos que dormir en el bosque en compañía de las lechuzas y los murciélagos.*

Quando dejé de mirar hacia el pasado imaginé que estaba en un laberinto. Me sentía capaz de encontrar la salida, pero no veía la forma de alcanzar las cumbres. Entonces observé que junto a la piedra donde estaba sentado aparecía una inscripción: «Lescun» (en rojo), «Trois Rois» (en azul). Así pues, me encontraba en el Collado de Anaye y desenredando el ovillo azul podía subir a la Mesa.

Al rato de seguir el rastro de las pintadas se rasgó la niebla, perfilándose en el cielo vaporoso la silueta de Iru Errege Maia (Mesa de los Tres Reyes). A partir de ese momento prescindí de las señales, emprendiendo un raudo ascenso por la imprecisa cresta, hasta alcanzar el Col de Lhurs, bordeando las estribaciones del Pene Blancue. Probablemente sea este el paraje más caótico de Larra. El roquedo está perforado por profundas grietas que conforman una estructura de glaciar.

Vuelve la niebla, pero ya no puede contener mi avance. Subo el corredor que mira al N. y aloja un nevero perenne, alcanzo el collado de la Mesa (2.375) y al cabo de unos minutos me planto en lo alto de la loma pedregosa denominada Table des Trois Rois (2.421). Vuelvo al col y me encaramo en la arista E. Normalmente es fácil, pero resulta que en los albores del otoño se ha cubierto con las galas invernales. Hay nieve fresca entre las rocas, las flores están escarchadas y la hierba es de cristal.

Iru Errege Maia, montaña más oriental y cúspide de Euskalerría (2.434), domina un panorama excepcional, pero ahora se pierde en la bruma y debo recurrir a la memoria para imaginar su entorno. Pienso en una pretérita ascensión con base en Zuriza, veo el Collado de Linza convertido en frontera

entre la primavera y el invierno. Hacia el S. fluye el agua por doquier, regando el verde tapiz de las praderas, los lirios morados, los narcisos de cáliz amarillo. Al N. la nieve persiste en los ventisqueros de la Hoya de la Solana, en los corredores y canalizos de la cresta Mesa-Budogia.

Buscando en la montaña la relación íntima con la naturaleza, decepciona topar en las cumbres con objetos que desvirtúan su pureza. ¿Y si todos los montañeros instásemos en ellas los símbolos de nuestras respectivas convicciones? No me refiero a la placa-recordatorio que habla de valles y cimas, maite eta borroka, sino a las imágenes que precisan la protección de anacrónicos pararrayos intensificando el riesgo sobre las personas.

El tiempo transcurría sin que la niebla se esfumase, me resultaba placentera aquella soledad, pero quedaba por desvelar la incógnita del regreso. De modo que bajé al collado O. y, dejando a un lado el camino de Linza, proseguí por la cresta. El tramo superior del Budogia (2.390) es una trepada fácil y elegante. En la cima encontré a tres navarros que habían subido por Zuriza. Continué hacia Ukerdi (2.248), pasando antes por la loma de Linza (2.305). Superadas ambas cotas y descendiendo siempre por el filo de la arista, alcancé el Portillo de Larra (1.810).

A excepción de las altas cumbres la niebla se había disipado y con ella mi incertidumbre respecto al retorno. Me adentré nuevamente en Larra y bajando por un barranco angosto fui a desembocar en un intrincado bosque donde los árboles conservan el derecho a morir de pie. Dejé después Lapazarra (1.787) a mi izquierda, ascendiendo a su collado (1.670), y sin más que contar reaparecí por el refugio a media tarde, curado del espanto de las nieblas de Larra, pero más convencido que nunca de que deben ser respetadas.



Larra.